

Literatura

Por Martín Pascal Vieira

Cuánto se habla del viejo indecente, cuánto se celebran sus borracheras y escupitajos, sus gritos a medianoche y las risotadas de macho enfurecido. A cuántos nos gustaría ser como él antes que escribir como él. Pero ¿y?...

Bukowski

Los Angeles, California. Los suburbios donde no se logra un buen bronceado ni las mujeres andan en patín con esos pantalonzillos ridículos mostrando las piernas. Su mundo está en el centro, en todos lados y en ningún a la vez. Al lado de la superfienda, entre las callejuelas que no dan a ninguna parte, entre los hospitales de beneficencia, en los bares de mala muerte, en la cabina de un camión, en los mataderos, en un pasaje de bus y en la mente de cañes como él.

Parías, desechos, simples fulanes anónimos que no tienen nombre, sino número. Que no son personas, sino recursos humanos. ¿Quién diría que uno de estos fantasmas escribe y bebe y fuma y quizás no quiera admitirlo, piensa y siente, aunque sea un gran dolor en el culo por las endemoniadas hemorroides?

Bukowski se sienta frente a su máquina de escribir, toma de un pencoso todo el licor del vase tibio. Decide escribir un poema que sea duro, que esté cargado como una pistola a punto de reventar los sesos al boracho de la habitación vecina que no ha dejado de insultar a su puta. El pensamiento habla lo mismo. Un poema

debe tocarlo, identificarlo, no como ese cabrón de Shakespeare que habla de las agujas de un rey, mientras tiene una barra de chocolate a medio terminar en el velador.

A Chinaski no le gusta viajar. Pero lo hace. Va por el costado de la carretera maldiciendo cada vez que el cartón de la silla de su capataz se corre y pica las piedras. Sus pies están hediondos, para qué negarlo. ¡qué lo que pasa por su cabera es todo malimento! Pasa un camión,

«Quieres ganarte un par de billetes?»

«A quien tengo que matar», responde Chinaski.

«Si me la chupas, te doy cinco dólares».

«Vete a la mierda».

Lo único que cambia en los viajes de Charles es el clima de las ciudades, unas son calcinantes y otras son frías. Tal voz o' acento varía un poco de ciudad en ciudad, pero los bares, las mujeres, la desesperación oculta en cada rostro se mantiene inmutable. ¿De qué cambios se habla?

La realidad cruda, la vagancia, la soledad, la temeridad al punto de convertirse en estupidez, la sangre que sale putrefacta de su

Un poema debe tocarlo, identificarlo, no como ese cabrón de Shakespeare que habla de las agujas de un rey, mientras tiene una barra de chocolate a medio terminar en el velador.



Bukowski al seco [artículo] Martín Pascal Vieira.

AUTORÍA

Pascal Vieira, Martín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bukowski al seco [artículo] Martín Pascal Vieira. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)